Early Journal Content on JSTOR, Free to Anyone in the World

This article is one of nearly 500,000 scholarly works digitized and made freely available to everyone in the world by JSTOR.

Known as the Early Journal Content, this set of works include research articles, news, letters, and other writings published in more than 200 of the oldest leading academic journals. The works date from the mid-seventeenth to the early twentieth centuries.

We encourage people to read and share the Early Journal Content openly and to tell others that this resource exists. People may post this content online or redistribute in any way for non-commercial purposes.

Read more about Early Journal Content at http://about.jstor.org/participate-jstor/individuals/early-journal-content.

JSTOR is a digital library of academic journals, books, and primary source objects. JSTOR helps people discover, use, and build upon a wide range of content through a powerful research and teaching platform, and preserves this content for future generations. JSTOR is part of ITHAKA, a not-for-profit organization that also includes Ithaka S+R and Portico. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

RUBÉN DARÍO

Darío no es ya un aprendiz de poeta sino una de las glorias literarias más grandes de la América española. Por eso no creemos impertinente dar a conocer un semblante del poeta a los lectores de HISPANIA que leyeren este artículo, hecho a vuela pluma, no en la lengua de Emerson, Irving y tantos otros insignes americanos, sino en la que honraron varones no menos ilustres.

Después de lo dicho por Rodó, quizás el crítico mas comprensivo y perspicaz que haya tenido Darío; después de lo escrito por Valera, Justo Sierra, González Blanco, Martínez Sierra y otros, mal haríamos en dar en la flor de juzgar al poeta a lo erudito, es decir, investigar las causas que formaron la personalidad literaria del maestro, indicar su parentesco intelectual con los grandes poetas líricos, así propios como extraños, y, por último, señalar el puesto que de hecho le corresponde en la historia de la literatura castellana de nuestros días.

Cuantos conocen la métrica española saben a ciencia fija a qué atenerse en cuanto al arte innovador del vate nicaragüense, y no ignoran cuán arduo es estudiar la obra arquitectónica de sus versos, unas veces de líneas simétricas y puras según la clásica manera, otras de forma irregular y estilo mixto, mas siempre con la cualidad de lo pintoresco y lo atractivo de la arquitectura moderna.

No nos proponemos, pues, mirar a Darío por el perfil de la poética, ni indagar en qué fuentes se inspiró su entendimiento peregrino, ni hacer reflexiones acerca de su influencia en la juventud instruida de habla española. Quisiéramos, eso sí, concretarnos a averiguar de corrida lo que Darío pensaba del mundo y de la vida, ya por una frase inadvertida o una estrofa intencionada, ya por un ademán imprevisto o un verso interpolado a sabiendas. Harto difícil es dar con la flor de Verdad oculta en el intrincado bosque de sus versos; obra de romanos tratar de conocer su pensamiento íntimo o su noción de las cosas y su actitud hacia la vida, ya que en vano buscaríamos en Darío un cuerpo de doctrina o una pauta de conducta.

No sabemos por qué recóndita asociación de ideas, no obstante la enorma disparidad de ambas épocas, al leer los versos de Darío

dedicados a ensalzar los triunfos del amor a lo humano, nos viene a la memoria la remota figura del genial autor del innominado libro de versos, conocido por *Libro de Cantares* o *Libro De Buen Amor,* y aun nos parece oír a través de los siglos la risa franca y retozona del Arcipreste de Hita ante la sabrosa alegría del vivir. No ignoramos que el brío primitivo del uno contrasta con la culta manera del otro, ni podemos menos de notar la diferencia que hay entre el concepto de la vida, rústicamente epicúreo del Arcipreste y el epicureísmo de Darío, libre de detalles ásperos y un tanto depurado por cierta idealidad que le hace pasar por moneda de buena ley aun entre los más remirados. Sin embargo, se nos antoja que existe un fondo común de sensasiones en el sensorio de ambos. Uno y otro son hijos legítimos de su tiempo; los dos descubren las flaquezas propias al par de la fé sencilla del uno, viva aún a pesar de la relajación de costumbres de entonces y del desbarajuste de ideas operado mediante la revaluación espiritual que comenzaba a efectuar el espíritu del Viejo Mundo, y de la complexa creencia del otro, difícil de analizar por el extraño consorcio de lo ingénito y lo postizo que se advierte en el alma de Darío. Las bizarras páginas de ambos parecen decirnos menos las virtudes y los pecados propios que los de la centuria en que vivieron o los de la sociedad de que formaron parte. En la obra de ambos, como en los grandes poemas, parece reflejarse la conciencia universal, si no en su totalidad, a lo menos, por no decir a lo más, en su aspecto mas humano: en la realización de las grandes posibilidades de acción, en sentido moral, de la experiencia de la raza.

Cabe aquí preguntarnos si su concepto de la vida era el resultado de un procedimiento de dentro afuera, una síntesis concebida por su inteligencia escudriñadora, o si sacaba la filosofía que derramaba con intermitencias deliberadas, mas bien que a raudales continuos, del modo de ser y obrar de la sociedad moderna. Debe tenerse en cuenta que Darío no era solamente actor en la comedia humana: era igualmente crítico, y por el tamiz de su crítica pasaron todas las nociones de sus coetáneos.

Confesaremos, no obstante, que solo tocó de soslayo las cuestiones morales de la vida contemporánea sin hacer crítica reconstructora. Nunca le pasó por la mente el dar una norma de conducta ni siquiera trazar una línea divisoria entre lo buenamente humano y lo humanamente bueno. Leed, si no, *El Reino Interior,* poderosa

alegoría que pinta las luchas del alma de todas las épocas con palabras nunca oídas en tierras americanas. He aquí dos filosofías antagónicas que se han disputado siempre la supremacía del mundo; dos opuestas reglas de conducta que desde la antigüedad han trabado lid mortal por la posesión de la vida humana.. Se sienten en ella, confusas todavía, las vacilaciones del hombre, jamás la entereza moral del filósofo. Se observa el eterno conflicto entre el espíritu que se vuelve con ahinco hacia lo infinito y el cuerpo que se encorva tenazmente hacia la tierra. El apóstrofe final parece resumir, amén de las incertidumbres propias, la historia dolorosa de caídas y tanteos del género humano.

—Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
—Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!

Las princesas son las siete virtudes, y huelga decir que los príncipes son nada menos que los siete pecados capitales.

Se le he tachado de blasfemo por la última estancia de la poesía intitulada *Ananké;* pero no debemos dejarnos embaucar por este alarde irreligioso, como tampoco es seguro índice de irreligiosidad una que otra velada burla contra la divinidad, cosa que se le escapa aquí y allí en algunos de sus versos y prosas. Achacamos estos pecados, que no titubeamos en llamar veniales, al prurito común de los hombres, aun entre los más sinceros, de conformarse a ratos al gusto de la época. Puesto que no se ve de parte del poeta propósito alguno de filosofar, tal vez venga a ser esta estrofa una salida rebuscada para sorprender a los lectores incautos, una especie de ardid retórico para hacer perder la pista a los malos sabuesos de la crítica que pretendieran entrarse de rondón en el *alcázar interior* del bardo.

Darío no era irreverente ni por soñación. Entre otras pruebas podría aducirse el espíritu de profunda reverencia que da vida al perfecto simbolismo que corre por la composición del *Año Nuevo* como sangre nueva y pura. Tampoco hay nada más sincero que esta última estrofa de su invocación a las musas, cristiana finalización de una poesía abundante de reminiscencias helenas:

. . . . . Decidme, sacras musas,
¿cómo cantar en este aciago tiempo
en que hasta los humanos orgullosos
pretenden arrojar a Dios del cielo?

Es preciso entender a Darío por estos arranques de sinceridad, en los cuales se trasluce su alma clara (Si hay, he dicho, señora,

alma clara, es la mia!), en vez de ir a juzgarle por la sal pagana que ponía en sus versos o por la intención sensual que sacaba a relucir en sus cantos de la vida. Para decirlo sin ambages, no cabe duda alguna de que Darío era creyente de veras, ni podía ser menos: Darío no poetizaba de burlas, y ya sabemos que tanto para el verdadero poeta como para el grande artista no hay en definitiva sino dos eternas realidades: Religión y Arte.

No andan errados, eso no, los que le atribuyen ideas y sentimientos aristocráticos. Penetrado de la tradición clásica, este obstinado admirador de la Grecia antigua vista a través de la corte de Luis XV, no podía menos de tener un concepto aristocrático de la vida. Su mismo equipo intelectual le ponía por encima del vulgo y aun le hacía ver con malos ojos todas las manifestaciones del pueblo. Sabía, es cierto, que se leían con avidez sus producciones, lo que tenía que halagarle por fuerza; pero no se llamaba a engaño de que agradaban sus versos, no por los pensamientos que entrañan, sino por la música nueva que salía de su maravillosa flauta, para tañida por el mismísimo dios caprípede. Tenía conciencia de que los acentos de su lira no provocaban *estados de alma* en sus compatriotas. Con todo, no creemos pecar de desacertados al afirmar que su aristoscrática filosofía no pasaba de ser actitud mental pura y simplemente, que sólo se manifestaba en su cuasi morboso amor de lo insólito y en sus andanzas por tierras de sol o por países de nieblas en busca de emociones rarísimas.

Sus admiradores y discípulos imberbes han dado en la maña de sacar a colación a cada paso, tal vez para encubrir su menoría intelectual, lo de *encerrarse en una torre de marfil* y otras frases de la misma laya, dando a entender con ello que la obra de un artista, sea poeta o escultor, va dirigida solamente a un pequeño número de iniciados. No nos incumbe tratar aquí de la verdad o falsedad estética de esta fórmula de arte, puesto que hoy nuestra cuestión candente es la de estimar a Darío, aunque someramente, a la luz de la crítica encaminada a inquirir sus atisbos morales. Examinando, pues, este estado de ánimo por el criterio de la experiencia, nos vemos precisados a calificarlo de antisocial en sus efectos y en su origen. Por una parte, la práctica rigurosa de esta regla tiende a engendrar, y lo hace casi siempre, infecundidad mental en el individuo, a más de falta de simpatía para poder apreciar las obras maestras de todos los tiempos. Por la otra, es imposible encerrarse uno

dentro de sí mismo, como en una concha, sin perder la visión de las cosas y sin convertirse uno en un ente aislado, indiferente a los supremos esfuerzos de la humanidad por lograr su salvación espiritual y política. Todos los espíritus desprendidos están acordes en que no es posible ser espectador del drama humano; es necesario salir de la *torre de marfil,* calzado el guantelete y ceñida la espada a usanza de los antiguos caballeros, y bajar a la arena a verter la propia sangre para ser capaz de comprender los errores y aciertos del mundo y hacer suyas las tristezas, alegrías y esperanzas de los hombres.

Elusivo e inconsistente, como el conjunto mismo de la vida, era el sentir de Darío en materias humanas. Cabían en él con perfecta naturalidad, sin andar reñidos, el materialismo de su siglo y el idealismo puro de pasadas edades. Y por este compuesto criterio juzgaba las cosas. En su obra corren parejas los himnos triunfantes de la sensualidad, a guisa de potros sueltos, y los versos decidores de las fruiciones más puras del alma. Aquí tenemos otro punto de similitud de emociones con el ya nombrado Arcipreste de Hita.

A pesar de las inconscientes incompatibilidades que dormían en el fondo de la conciencia de Darío, tenemos que convenir en que su poesía está dotada de la extraordinaria virtud de espiritualizar ideas y sentimientos que en otras naturalezas menos privilegiadas resultarían triviales y hasta groseros.

Aunque su contribución moral es inferior con mucho a la intelectual (cosa natural y dentro de razón, por ser la obligación del poeta la de producir en otros emociones estéticas, y Darío lo consiguió con su *técnica* y su entonación), no por eso dejamos de tener una inmensa deuda de gratitud para con el gran poeta nicaragüense, quien, al iniciar la labor de renovación del verso castellano, deja a sus hermanos en linaje un instrumento ennoblecido por el toque de sus manos de artífice, para cantar las glorias pretéritas y futuras de la raza, las olvidadas hazañas de la vieja y noble cepa española y el nuevo espíritu que anima al mundo hispano.

JULIO MERCADO

COMMERCIAL HIGH SCHOOL
BROOKLYN, N. Y.